

nes que haría y las que negaría. «Con aquel arreglo más perdían que ganaban, decían; mientras no retirase sus guarniciones de toda la Grecia, siempre habría motivo de disensiones.»

Levantóse entonces en la asamblea un grito de indignación, llegando los clamores hasta Filipo, á pesar de la distancia que le separaba, y rogó entonces á T. Quincio aplazase el asunto para el día siguiente, asegurando haría aceptar sus razones ó le convencerían las que le diesen. Citáronse en la costa, cerca de Thronio, y allí acudieron muy temprano. Filipo suplicó primeramente á Quincio y á cuantos le acompañaban que no destruyesen toda esperanza de paz, y concluyó pidiendo un plazo con objeto de poder enviar legados al Senado, diciendo «que obtendría la paz con las condiciones que había ofrecido, ó aceptaría las que le dictase el Senado, cualesquiera que fuesen». Lejos estaba de agrandar á la asamblea esta proposición, porque se creía que solamente buscaba ganar tiempo para reunir sus fuerzas. Quincio observó «que la suposición podría ser justa si se encontraran en la estación propicia para las operaciones militares, pero que, acercándose el invierno, nada se perdía con concederle tiempo para enviar sus legados á Roma. Porque era necesaria la aprobación del Senado para ratificar las condiciones que se conviniesen con el Rey, y podría aprovecharse el forzoso descanso del invierno para sondear las disposiciones de los senadores.» Todos los jefes de los aliados aceptaron aquella opinión: concedióse una tregua de dos meses, y se decidió que cada cual enviaría por su parte legados para ilustrar al Senado y prevenirle contra los artificios de Filipo. Un artículo de la tregua obligaba al Rey á retirar en el acto sus guarniciones de la Fócida y de la

Locrida. Quincio unió á los legados de los aliados, para dar más brillo á la embajada, Amyndro, rey de los athamanes, Q. Fabio, hijo de su cuñada, Q. Fulvio y Ap. Claudio.

Cuando llegaron á Roma recibióse á los legados de los aliados antes que á los del Rey; siendo todo su discurso largo capítulo de quejas contra Filipo. Lo que más impresionó al Senado fué el plano que trazaron de la posición marítima y continental de sus estados, demostrando plenamente que si conservaba Demetriadés en Tesalia, Calcis en la Eubea y Corinto en Acaya, no había libertad posible para Grecia, y que aquellas plazas eran, como decía el mismo Filipo con tanta verdad como insolencia, los grillos de la Grecia. En seguida introdujeron á los legados macedonios, y ya habían comenzado largo discurso, cuando les interrumpieron preguntándoles terminantemente si su señor abandonaría aquellas tres plazas. Contestaron que no habían recibido instrucciones relativamente á esto, y entonces los despidieron sin concederles la paz. Dejóse á Quincio completa libertad para ajustar la paz ó hacer la guerra, según conviniese; y viendo éste que el Senado no rechazaba la guerra, y deseando por su parte antes vencer que hacer la paz, no concedió entrevista á Filipo y declaró que no recibiría otra legación suya que la que fuese á anunciarle la completa evacuación de Grecia.

Comprendió Filipo que solamente una batalla decidiría la cuestión y que necesitaba reunir fuerzas por todas partes; pero no estaba tranquilo en cuanto á las ciudades de la Acaya, comarca tan lejana de sus estados, y menos todavía en cuanto á Argos que en cuanto á Corinto, por lo que creyó prudente entregar como en

depósito aquella plaza á Nabis, tirano de Esparta, que se la devolvería después de la victoria ó la conservaría en caso de descalabro. Escribió, pues, á Filocles, gobernador de Corinto y de Argos que marchaba personalmente á ver al tirano. Filocles no se limitó al regalo cuyo ofrecimiento iba á hacer, sino que añadió que el Rey, como prenda de la alianza que quería ajustar con el tirano, concedía sus dos hijas á los hijos de Nabis. El tirano se negó al pronto á recibir la ciudad, si un decreto de los mismos argivos no le llamaba en su socorro; pero cuando supo que numerosa asamblea de los habitantes había rechazado con desprecio y hasta con horror el solo nombre del tirano, vió pretexto para despojarles y pidió á Filocles que le entregase Argos en cuanto quisiera. Introdújosele durante la noche ocultándose de todos, y al amanecer se apoderó de las alturas y mandó cerrar las puertas. Algunos habitantes principales escaparon á favor del primer tumulto, y, en su ausencia, saqueó sus bienes. A los que quedaron les despojó de todo su oro y su plata, imponiéndoles enorme tributo. Los que pagaron en el acto pudieron marcharse sin ser insultados ni maltratados; aquellos de quienes se sospechó que habían ocultado ó sustraído parte de sus tesoros fueron azotados con varas y torturados como esclavos. El tirano convocó en seguida á los argivos, y promulgó dos leyes, una aboliendo las deudas, y otra para la repartición de tierras, dos teas de discordia para encender la ira del pueblo contra los nobles.

Una vez dueño de Argos, olvidó Nabis de quién había recibido aquella ciudad y con qué condiciones; y envió legados á Elacia, cerca de Quinccio, y á Egina, cerca de Atalo, que internaba en esta isla, para decir-

les que Argos estaba en su poder; que si Quinccio quería aceptar una entrevista, esperaba ponerse de acuerdo con él. Quinccio, con objeto de quitar también este recurso á Filipo, contestó que aceptaba la entrevista, y envió á decir á Atalo que saliese de Egina y se reuniese en Syciona; partiendo él mismo para Anticyra con diez quinquereemes que su hermano L. Quinccio había llevado casualmente pocos días antes á la estación de Corcyra, y se dirigió á Syciona. Ya se encontraba allí Atalo, que hizo observar á Quinccio correspondía al tirano venir á buscar al general romano y no el general ir en busca del tirano, decidiéndole á no entrar en Argos. Cerca de la ciudad existe un paraje llamado Mycénico, y se convino reunirse en él. Acompañaban á Quinccio su hermano y algunos tribunos militares. Atalo llevaba su cortejo real, y á Nicostrato, el pretor de los aqueos, le seguían algunos auxiliares. En el punto designado encontraron al tirano que les esperaba con todas sus tropas; avanzó armado, al frente de sus guardias, armados también, hasta el centro de la llanura que separaba los dos bandos, y se reunió á Quinccio, que estaba sin armas, así como á su hermano y los dos tribunos militares; á Atalo, desarmado también y que tenía á su lado al pretor de los aqueos y un dignatario de su corte. El tirano comenzó excusándose « por llegar armado y rodeado de gentes armadas en una entrevista en la que se presentaban sin armas el general romano y el Rey; no era porque les temiese, dijo, sino porque temía á los desterrados de Argos. » Hablóse en seguida de las condiciones de la alianza proyectada, y Quinccio exigió dos cosas: en primer lugar, que Nabis cesase en su guerra con los aqueos; en seguida que suministrase socorros

á los romanos contra Filipo. El tirano prometió los socorros; pero en vez de la paz con los aqueos, solamente firmó una tregua que debía durar hasta que terminase la guerra con Filipo.

Atalo suscitó una dificultad con relación á Argos, acusando á Nabis de haber entrado en posesión de la ciudad por la traición de Filocles. El tirano contestó que los mismos argivos le habían llamado en su socorro. El Rey pidió que se llamase á los habitantes para comprobar el hecho, y el tirano no se opuso; pero Atalo exigió que retirase su guarnición de Argos, que no cohibiese á la asamblea de los argivos la presencia de las tropas lacedemónicas y que emitiese su voto con entera libertad. Negándose á esto Nabis, la discusión quedó sin resultado. Terminada la conferencia, el tirano dió á los romanos seiscientos auxiliares cretenses, y ajustó una tregua de cuatro meses con Nicostrato, pretor de los aqueos. Quincio partió en seguida para Corinto, presentándose en sus puertas con los cretenses, para demostrar á Filocles, prefecto de la ciudad, que Nabis había abandonado el partido de Filipo. Filocles celebró también una entrevista con el general romano, y le dió una contestación que más parecía aplazamiento que terminante negativa. De Corinto puso rumbo Quincio para Antycira, desde donde envió á su hermano á sondear las disposiciones de los acarnanios. Atalo marchó de Argos y á Sicyona, cuyos habitantes añadieron nuevos honores á los que ya le habían concedido. El Rey, que en otro tiempo había rescatado para ellos, mediante considerable cantidad, el campo sagrado de Apolo, quiso en esta ocasión señalar su paso con alguna munificencia con sus aliados y amigos, y regaló á la ciudad diez talentos de plata y

diez mil medimnas (1) de trigo; en seguida marchó á reunirse con su flota en Sencreas. Nabis, después de reforzar la guarnición de Argos, volvió á Lacedemonia, cargado con los despojos de los argivos, y envió á su esposa á que ejerciese iguales expoliaciones con las mujeres de Argos (2). Esta invitó á su morada á las señoras más ilustres, en tanto una á una, en tanto en considerable número cuando pertenecían á la misma familia, y con caricias ó amenazas les arrebató no solamente el oro que tenían, sino que también los trajes y adornos femeniles.

(1) Cerca de mil seiscientos sesenta y cuatro hectelitos.

(2) Sabido es por qué ingenioso medio levantaba Nabis en sus Estados contribuciones forzosas. Llamaba á un personaje rico; le hablaba con mucha dulzura de los gastos que le imponía el mantenimiento de sus tropas mercenarias, de los enormes dispendios para el culto de los dioses y la administración del Estado, y concluía por pedirle sus bienes. Si el llamado se negaba con obstinación, le decía: «No tengo talento para persuadirte; te llevaré á mi esposa Apega, que tal vez sea más afortunada que yo.» En seguida le llevaba á una estatua con resortes que se parecía á su esposa y estaba cubierta con magníficas ropas, pero cuyos brazos, manos y pecho estaban erizados de agudas puntas; y el desgraciado expiaba su negativa en crueles abrazos.